



# El Engranaje del Tiempo: El Viaje Industrial de Abarán

De MARIA-AMOR TORNERO MARTINEZ



Nora era una niña muy curiosa que vivía en Abarán. Una tarde, mientras caminaba por la orilla del río Segura, algo brilló entre las cañas. Al agacharse, encontró un pequeño engranaje de bronce, antiguo y reluciente. Al tocarlo, el metal vibró con una energía cálida, y el agua del río comenzó a girar en un remolino de luces plateadas. Nora no lo sabía, pero acababa de activar la llave de los recuerdos de su pueblo.



Del remolino surgió una criatura pequeña y saltarina hecha de gotas de agua y luz. "¡Hola! Me llamo Segú", exclamó el espíritu con una voz que sonaba como el tintineo de una fuente. "Ese engranaje es parte del corazón de Abarán. Si quieres entender cómo llegamos hasta hoy, debemos viajar atrás, cuando el río era el único motor del mundo". Con un chasquido de dedos, el paisaje moderno se desvaneció en una neblina dorada.



Aparecieron en el siglo XVIII. El aire olía a tierra mojada y azahar. Frente a ellos, una gigantesca rueda de madera gemía mientras giraba lentamente en el río. "¡Es una noria!", gritó Segu. Un hombre de campo llamado Roque se acercó sonriendo. Con sus manos curtidas, les explicó cómo la noria elevaba el agua para regar los huertos que antes estaban secos. "Sin el río y estas ruedas, no seríamos nada", dijo Roque con orgullo.



Nora y Segú se subieron a uno de los cangilones de la noria mientras esta subía. "¡Mira, Nora!", dijo Segú. "La ingeniería es sencilla pero perfecta. El agua empuja las palas, la rueda gira y los cajones recogen el agua abajo para soltarla arriba". Desde lo alto, Nora vio cómo las acequias repartían el agua como venas de cristal por todo el valle, convirtiendo el desierto en un jardín de frutales.



El tiempo saltó al siglo XIX. En una casa de piedra, una mujer llamada Lía trabajaba con unas fibras largas y secas. "Esto es esparto", explicó Lía a Nora mientras sus dedos se movían a una velocidad increíble. "Lo recolectamos en el monte, lo picamos y lo trenzamos. Con esto hacemos cuerdas, alpargatas y capazos". Nora intentó imitarla, dándose cuenta de que la industria de Abarán comenzó con la fuerza de las manos y las plantas del entorno.



"¡Rápido, el vapor nos llama!", gritó Segu. De repente, el paisaje se llenó de chimeneas de ladrillo rojo que escupían humo blanco hacia el cielo. El sonido de los martillos y los engranajes era ensordecedor. Nora y Segu corrieron hacia una de las primeras grandes fábricas. El pequeño taller de Lía se había convertido en un lugar lleno de máquinas que ayudaban a procesar el esparto y la fruta mucho más rápido.



Entraron en el siglo XX, y el aire cambió: ahora olía intensamente a almíbar y albaricoques. En una línea de producción, una mujer llamada Almi colocaba con cuidado las frutas en botes de metal. "¡Bienvenidas a la era de las conservas!", dijo Almi. "Ahora no solo cultivamos la fruta, sino que la preparamos para que viaje por todo el mundo en estos botes". Nora vio cómo el pueblo se unía para que nada se perdiera.



Segu ayudaba a Almi a sellar las cajas de madera. "¡Estas cajas irán en tren hasta Inglaterra y Francia!", exclamó Segu con entusiasmo. Almi asintió, secándose el sudor de la frente: "Es un trabajo duro, pero gracias a estas fábricas de conservas, Abarán ha crecido y nuestras familias tienen un futuro mejor". Nora comprendió que la industria no eran solo máquinas, sino el esfuerzo de personas como Almi.



Nora parpadeó y se encontró de nuevo en el parque, con el engranaje en su mano. Ya no brillaba, pero se sentía pesado y real. Miró la noria que tenía cerca y, por un momento, creyó ver a Segu guiñándole un ojo desde el agua del canal. Nora sonrió y guardó el engranaje en su bolsillo; ahora sabía que cada rincón de su pueblo contaba una historia de ingenio, esfuerzo y progreso.